

FRANCISCO COLOANE

Escritor amante del mar y de los confines australes

Walter Berlinger Landa *

El 5 de agosto de 2002, a la edad de 92 años, falleció en Francia el escritor Francisco Coloane Cárdenas, una de las figuras más importantes de la literatura chilena. Coloane nació en Quemchi (Chiloé) el 19 de julio de 1910, hijo de un capitán de barco ballenero, cuando las ballenas se cazaban con arpón, sin otra fuerza que la de los músculos. Su madre era una campesina vigorosa, aficionada a remar y a pescar. La casa que habitaba la familia era un palafito, tal como lo evoca el escritor en su obra "Tierra del Fuego": "Mi casa estaba construida mitad sobre tierra y mitad sobre el mar. Cuando subía la marea sentía el mar bajo el piso de mi dormitorio. Puedo decir que fui mecido por el mar desde mi nacimiento y que su espíritu me embargó desde el primer día de mi vida y en mis libros con una persistencia vital, lo mismo que los hombres, el paisaje y las bestias del austro de la Patagonia y la Tierra del Fuego a la que tanto debo".

Aprendió a nadar antes que a leer. A la escuela de Huite, con una sola profesora y una sola sala de clases, llegaba a caballo. En el verano organizaba carreras y se echaban en tropilla al mar en sus caballitos chilotes, que nadaban ágilmente. Más de algún jinete se caía al mar. La primera vez que le pasó, se salvó agarrado de la cola del caballo.

Fue tripulante de una nave ballenera y posteriormente, el 15 de marzo de 1931, ingresa a la Armada de Chile filiándose en el Apostadero Naval de Magallanes como Cabo 1° Escribiente Filiación Azul.

El 15 de marzo de 1935 fue licenciado de la Institución por expresa solicitud de él, radicándose en la Región de Magallanes, donde desarrolló tan diversos oficios como ovejero, capataz, explorador de petróleo, escribiente judicial y actor de teatro, antes de dedicarse a escribir. Esta variada gama de experiencias le sirvió posteriormente de inspiración en su obra, sobre todo su paso por el extremo austral del país.

En materia literaria y periodística, desarrolló su labor en los diarios "El Mercurio" de Santiago, "Crítica" (Jefe de crónica), "El Sol" (Jefe de deportes), "La Nación", "Las Últimas Noticias" (crónica policial) y en la revista "Zig-Zag". También laboró en el departamento de extensión cultural del Ministerio del Trabajo.

En el verano de 1947 visitó la Antártica, integrando la primera expedición al continente polar. A su regreso escribió un libro con sus impresiones sobre dicho periplo. En 1964 es consagrado con el Premio Nacional de Literatura y en 1980 designado miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

Ningún escritor nuestro ha sabido reflejar en sus cuentos y novelas, con tanta fuerza y autenticidad como él la vida de los chilenos del mar, los temporales y los paisajes de los tempestuosos océanos australes.

Pero también es autor de una gran literatura de tierra firme. Sus cuentos, de acción y pasiones violentas, en conjunto constituyen una gran epopeya de los inconmensurables territorios situados al sur del canal de Chacao. Su tema es la colonización de la Patagonia y de Tierra del Fuego, nuestro Far West chileno, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, el exterminio de los aborígenes, los choques de ambiciones e intereses contrapuestos. En síntesis, la formación de una sociedad humana en medio de un paisaje virgen y en condiciones de clima rigurosas y en un territorio lejano adonde no llegan la justicia ni el Estado. Pero sí el mar.

En una entrevista, explicando por qué le gustaba tanto nadar en las aguas heladas del Pacífico, dijo: “Dicen los astronautas que desde distancia estratosférica, arriba, la tierra se ve como un planeta azul; es el mar el que le da color al planeta. Entonces la belleza de este planeta está en el mar. Soy darwinista, también creo que la evolución de las especies y de toda la vida vino del océano. En el vientre de nuestra madre estuvimos más o menos como en el agua del mar. Entonces si uno está ahí un rato descansando, todo el organismo empieza a recibir una cosa salobre y además una influencia magnética y se revitaliza. Eso es lo que me salva a mí, lo que me mantiene vivo”.

El libro que le dio popularidad es, sin duda, El último grumete de la *Baquedano*, pero los fieles lectores de Coloane coinciden en justipreciar su tarea cuentística, especialmente su trilogía de relatos breves: “Tierra del Fuego, Golfo de Penas y Cabo de Hornos”, los cuales lo posicionaron como best seller en Francia, país donde es muy apreciado y se le otorgó la condecoración Artes y Letras en el grado de Chevalier.

Cabo de Hornos representa su obra trascendental, de la cual se han publicado más de veintidós ediciones. En 1983, en el cincuentenario de la revista “Ercilla”, el escritor cedió los derechos de este libro para una edición de 200.000 ejemplares, tirada récord para una edición chilena, que se distribuyó junto a la revista y se agotó rápidamente.

La aventura es el leitmotiv de su creatividad. (Se le ha denominado el Jack London de América del Sur). Los paisajes australes y la caracterización de los protagonistas, parca, cruda y real, sobresalen por su majestuosidad y trascendencia. El hilo tensional es acertado y la composición de textos obliga a leerlos con interés, lamentando que el espacio se haga corto para disfrutar de su lectura.

Estas son sus principales obras: “El último grumete de la *Baquedano*”, 1941; “Cabo de Hornos”, 1941; “Golfo de Penas”, 1945; “Los conquistadores de la Antártica”, 1947; “Tierra del Fuego”, 1956; “La Tierra del Fuego se apaga”, 1956; “Viaje al Este”, 1959; “El camino de la ballena”, 1963; “El témpano de Kanasaka y otros cuentos”, 1968; “El chilote Otey y otros relatos”, 1971; “Los balleneros de Quintay”, 1973; “Rastros del guanaco blanco”, 1982; “Crónica de India”, 1983; “Los pasos del hombre”, (Memorias), 2000.

El último grumete de la *Baquedano* fue llevado al cine, filmándose a bordo del buque-escuela Esmeralda a fines del año 1982, principalmente en la última singladura del crucero de instrucción, entre Punta Arenas y Valparaíso. Igualmente, se filmaron películas sobre sus libros “Tierra del Fuego” y “Cabo de Hornos”.

En una entrevista publicada por el diario “El Mercurio”, el 22 de marzo de 1956, Coloane se refiere a su proceso creativo de la siguiente forma: “Sobre mis métodos personales, puedo decir que salgo de mi mismo y vivo completamente en el mundo del cuento, escribiendo apresuradamente, como si de pronto fuera a terminar aquello. Al término respiro tan contento como un artesano que contempla la obra de sus manos, pero últimamente me he dado cuenta de lo que llaman “técnica”, y puedo confeccionar un cuento tramándolo

fríamente y regulando el efecto de su emoción, lo cual para mí ha sido una desgracia, pues escribir por escribir y hacer cuento por la habilidad de hacerlo, es una superficialidad si no lleva un pensamiento o un sentimiento profundo, un mensaje humano, una vivencia individual o social que determine unos instantes de vida vibrante donde se reconozca el hombre por su bien y por su mal.

No tengo un conocimiento muy claro del valor de los elementos que empleo en una elaboración literaria. Generalmente son de mi vida pasada en la Patagonia y la Tierra del Fuego; tampoco sé por qué esos dilatados paisajes esteparios me atraen tanto; tal vez porque era muy joven cuando medí en medio de esa naturaleza salvaje y espaciosa el valor de los hombres de mar que navegan por mares borrascosos, de un caballo y un perro en la soledad de las pampas magallánicas”.

Hasta pocos días antes de su muerte, Coloane trabajó en la corrección de lo que se convertirá en su libro póstumo, “Naufragios y rescates”, que Editorial Andrés Bello publicará próximamente. En esta obra, el autor comenta y recrea varias de las crónicas publicadas el año 1901 por el Capitán de Navío Francisco Vidal Gormaz en su libro “Algunos naufragios ocurridos en las costas chilenas desde su descubrimiento hasta nuestros días”.

Francisco Coloane seleccionó treinta y tres de estos naufragios compilados por Vidal Gormaz, primer director del Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada, para recrear lo que fue durante siglos la navegación de nuestras costas, cuando las travesías se hacían en frágiles veleros sujetos a las inclemencias del tiempo, a los errores de las cartas náuticas y al riesgo de incendios por cargas altamente inflamables.

Así se escribió la dilatada y casi centenaria vida de este escritor enamorado del mar, que nació sobre el agua en un palafito de Quemchi y cuyas cenizas serán dispersadas en uno de sus lugares predilectos: las aguas del océano Pacífico.

Reconocido por la fuerza y vitalidad de sus narraciones sobre los mares y parajes australes, la crítica internacional, especialmente la europea, también ha dado cuenta del valioso aporte literario de este hombre que, por la nostalgia marina, llegó a describir paisajes, aventuras y tempestades.

Coloane trazó una estela de producción literaria que con prosa sencilla y directa hizo transmitir a través de sus personajes, su emoción frente a la furia del mar o ante la soledad de las pampas cuando arriaba, acompañado por el ulular del viento, el piño de ovejas a la esquila. Su figura, al igual que su obra que parecen capítulos de un libro de geografía humana de Chile, será recordada por las generaciones venideras como uno de los grandes de la literatura del mar correspondiente al siglo XX.